



LA ORACIÓN FAMILIAR

No debe ser descuidada

Isaac Backus
(1724-1806)

La oración familiar no debe ser descuidada

Contenido

Al lector.....	3
Introducción	3
1. Oración en general.....	5
2. Oración familiar diaria en las Escrituras.....	7
3. Excusas respondidas.....	16
4. Exhortaciones.....	24

Tomado del inglés de *Family Prayer Not to Be Neglected*
por Isaac Backus.

Copyright © 2025 Chapel Library.

Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En todo el mundo, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

La oración familiar no debe ser descuidada

«Para que vuestras oraciones no tengan estorbo.»

—1 Pedro 3:7

Al lector

Nueva Inglaterra ha sido un lugar famoso por la religión en general, y por la adoración familiar en particular; pero últimamente, tanto su descuido, así como de otros deberes religiosos ha ido evidentemente en aumento entre nosotros. Esto ha causado mucha tristeza a las almas piadosas, sin embargo, no he oído que se haya publicado ningún discurso sobre este tema aquí durante muchos años. Recientemente, grandes números de personas han sido notablemente despertadas en algunas partes del país, quienes crecieron sin oración familiar, y aún están en duda sobre la autoridad bíblica para su práctica diaria. Por lo tanto, humildemente ofrezco al público las siguientes consideraciones, por consejo de amigos.

—*Isaac Backus*, pastor de una iglesia en Middleborough, Massachusetts, 6 de febrero de 1766

Introducción

El autor inspirado de esta epístola ha hablado de la Piedra Viva, que ciertamente fue desechada por los

hombres, pero escogida por Dios y preciosa. Sobre esta Piedra, los santos, como piedras vivas, son edificados como casa espiritual. Él mostró que aunque muchos tropiezan y se ofenden con esta gloriosa Roca, sin embargo, ella es preciosa para los creyentes, quienes son un pueblo peculiar—para que anuncien las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a Su luz admirable. Luego procede a establecer muchas instrucciones y exhortaciones concernientes al comportamiento correcto en las circunstancias y relaciones del cristiano. Entre otras cosas, habla particularmente a maridos y esposas acerca de cómo deben conducirse el uno con el otro. Él da esto como un poderoso motivo para una conducta correcta entre ellos: «Para que vuestras oraciones no tengan estorbo.» Es como si hubiera dicho: “Deben mantener un trato constante de venir a esa Piedra Viva, y como cabezas de familia, deben practicar juntos la adoración diariamente. Pero si los deberes mutuos en la familia son descuidados, y el adversario logra prevalecer para sembrar división entre ustedes, tendrá una espantosa tendencia a estorbar sus oraciones diarias en unidad”.

Considero evidente que aquí se hace referencia a la oración familiar, ya que el mal trato—incluso por parte de amigos cercanos— no impide que las almas piadosas se acerquen en privado al trono de la gracia. Más bien, a menudo esto las hace más fervientes en la [oración privada]. En el tiempo del profeta Miqueas, la corrupción había avanzado tanto que no se hallaba amigo fiel. Se dio esta advertencia: «Guarda las puertas de tu boca de la que duerme en

tu seno» (Miq. 7:5). Pero cuando «los enemigos del hombre eran los de su casa», entonces dice: «Por tanto, miraré a Jehová; esperaré al Dios de mi salvación: el Dios mío me oirá» (Miq. 7:5-7). Así puedes ver que la mala conducta de una esposa o familia puede estimular, en vez de impedir, la oración secreta. David dice: «En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba» (Sal. 109:4). Pero para que haya adoración familiar debe existir un acuerdo, lo cual deja en evidencia que aquí se alude claramente a la oración familiar. Procuraré, pues, exponer algo sobre este deber en el siguiente orden:

1. Explicar brevemente la naturaleza de la oración en general;
2. Presentar algunas evidencias bíblicas que sustentan la práctica diaria de la oración familiar en particular;
3. Esforzarme por remover ciertos estorbos que parecen interponerse en el cumplimiento de este deber; y finalmente
4. Concluir con exhortaciones dirigidas a diferentes clases de personas.

1. Oración en general

Me esforzaré por mostrar algo de la naturaleza de la oración en general. Concibo que la oración es el acercamiento del alma a Dios por medio de un glorioso Mediador, con la asistencia del Espíritu

Santo, para presentar nuestras súplicas, alabanzas, etc., delante de Él.

David llama a la oración «derramar nuestro corazón delante de Él» (Sal. 62:8). Esto puede entenderse como la expresión del alma en cuanto a su visión de Dios, su aprecio por Él, su anhelo de recibir ayuda de Él, y sus devoluciones de gratitud por los favores ya recibidos.

Obsérvese aquí, es un *ejercicio del corazón*. Muchos se acercan con sus bocas mientras sus corazones están lejos de Dios. Pero el profeta dice: «Con mi alma te he deseado en la noche; y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte» (Is. 26:9).

Y en la verdadera oración, el corazón *se derrama*. Las penas más íntimas, las cargas y los deseos del alma son expuestos delante de Dios. Se confiesan los pecados, se presentan las necesidades y miserias, se solicita ayuda, se usan argumentos de varias clases. También se presentan peticiones y ruegos por otros, tanto en casa como fuera de ella, en todos los lugares y relaciones.

Asimismo, en una ejecución correcta de la oración hay una *dedicación personal y entrega* de todo nuestro ser a Dios. «Tuyo soy yo, sálvame, porque he buscado tus mandamientos» (Sal. 119:94; Is. 64:8-9). Sí, la misma naturaleza de la oración implica un compromiso¹ de recibir y usar para Su gloria, y en conformidad a Su voluntad, los favores

¹ **compromiso** – obligación o deber.

que el Señor conceda. Por tanto, el dulce salmista de Israel llama dos veces a la obra de la alabanza “pagar sus votos”. En el Salmo 116:14-18 y en el Salmo 61:4-8, dice: «Me refugiaré bajo la cubierta de tus alas... Porque tú, oh Dios, has oído mis votos... Así cantaré salmos a tu nombre para siempre, para pagar mis votos cada día». Observa aquí que este deber no debía cumplirse solo una vez al año, una vez al mes o una vez a la semana. Era su ejercicio diario.

2. Oración familiar diaria en las Escrituras

Esto me lleva a presentar algunas evidencias bíblicas para la práctica diaria de la oración familiar en particular.

a. Nuestra relación con Dios como sus hijos

La primera razón se toma de nuestra relación con Dios como sus hijos. Él es el Padre de toda carne, pues dio existencia a todas las criaturas y es quien provee todos sus deleites. Pero es también el Padre del pacto, en Jesucristo, para todas las almas regeneradas. Ahora bien, los hijos —especialmente los pequeños, como frecuentemente se describe a los santos— están obligados, tanto por deber como por inclinación, a acudir con frecuencia a sus padres. No es su responsabilidad proveerse a sí mismos, ni estar ansiosos por su sustento futuro, sino acudir a sus padres por todo lo que necesiten. Es su deber venir diariamente por instrucciones acerca de lo que deben hacer, y observar fielmente las mismas. ¡Qué

claramente declara esto la importancia de la oración diaria! Por tanto, como nuestro Salvador nos ha informado que nuestro Padre sabe lo que necesitamos, así también nos ha enseñado a orar de esta manera: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt. 6:9). Estas palabras han sido explicadas muy apropiadamente como una lección que nos enseña a acercarnos a Dios con toda santa reverencia y confianza, como hijos a un padre que puede y está dispuesto a ayudarnos, y que debemos orar *con* y *por* otros.

El hecho de que Él haya dispuesto que vengamos de esta manera a nuestro Padre celestial *cada día*, parece muy claro a partir de la cuarta petición, que es: «El pan nuestro de *cada día*, dánoslo hoy» (Mt. 6:11). El pan, considerado en un sentido natural o espiritual, es algo que necesitamos cada día. Siendo Él «el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Tim. 6:17), ¿cómo podríamos hacer menos que pedirle lo que necesitamos y darle gracias por lo que recibimos? Cristo no dice: “Danos esta semana” o “este año”, sino: «Danos *hoy* el pan nuestro de *cada día*». Y aunque el Padre de nuestros espíritus no necesita ser informado acerca de nuestra situación, aun así, Él quiere que “ser solicitado” por nosotros (Ez. 36:37). Él desea que reconozcamos nuestra dependencia de Él y nuestras obligaciones para con Él. Y puesto que no solo tenemos necesidades personales sino también familiares, y porque se nos enseña a decir: «Padre *nuestro*... el pan *nuestro* de cada día, *dánoslo* hoy», creo que la evidencia es muy

clara en cuanto a la práctica diaria de la adoración familiar.

b. El sacerdocio espiritual de los santos

El sacerdocio espiritual de los santos proporcionará más evidencia para este deber. Nuestro apóstol, en 1 Pedro 2:5-9, los llama «sacerdocio santo» y «real sacerdocio». Y Juan los llama «reyes y sacerdotes para Dios» (Ap.1:6). Ahora bien, el principal oficio de los sacerdotes era ministrar en el santuario de Dios y ofrecer sacrificio sobre Su altar (Dt. 33:10). El sumo sacerdote era un eminente tipo de Jesucristo, quien ahora ha entrado, no «en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios» (Hb. 9:24). Todos los sacrificios levíticos de expiación señalaban hacia aquella «única ofrenda», por la cual «perfeccionó para siempre a los santificados» (Hb. 10:14). Solo Él ha respondido por todos nuestros pecados. Pero sus ofrendas de gratitud y ofrendas voluntarias eran figura de los ejercicios de gracia de los santos. Es su «culto racional» presentar sus «cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Ro. 12:1). Y su generosa dádiva es llamada «olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios» (Fil. 4:18; Hb. 13:16).

Lo que sirve a nuestro propósito actual aún más directamente es que sus oraciones y alabanzas son llamadas así. David las entendía de esta manera en su tiempo: «Suba mi oración delante de ti como el incienso, el alzar de mis manos como la ofrenda de

la tarde» (Sal. 141:2). Y Juan habla repetidamente de «olores» e «incienso» que suben con «las oraciones de los santos» (Ap. 5:8; 8:3-4). Aquellos sacrificios debían ser presentados en el altar de Dios, el cual santificaba el don. De ahí que el escritor sagrado a los Hebreos, al explicar y aplicar el propósito espiritual de aquellas ceremonias antiguas, dice: «Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo» (Hb. 13:10). En otras palabras, aquellos que aún se aferraban a la sombra cuando ya había venido la sustancia, por su incredulidad se excluían a sí mismos de los beneficios de este glorioso altar, desde donde las oraciones de todos los santos ascienden ante Dios. El escritor inspirado, habiendo mencionado el lugar y la manera de acercarse, procede a nuestro deber en relación con ello: «Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre» (v. 15).

Ahora bien, como él estaba escribiendo a los Hebreos, hay abundante razón para concluir que aquí se refiere particularmente a su sacrificio de la mañana y de la tarde. Cuando fue ordenado por primera vez, se les dijo que era lo que debían ofrecer sobre el altar «cada día continuamente», y que debía ser «holocausto continuo por vuestras generaciones» (Éx. 29:38, 42). Y luego se le llama «holocausto continuo» no menos de diez veces en dos capítulos. ¡Cuán clara aparece, entonces, la evidencia de que el mandato de ofrecer sacrificio de alabanza a Dios *continuamente* quiere decir que los cristianos deben ser tan constantes en sus ofrendas de alabanza como

los judíos lo eran en su sacrificio de la mañana y de la tarde!

También puede observarse que la palabra *continuamente* es repetidamente explicada por Isaías como significando lo mismo que «cada día» (Is. 51:13; 52:5). Se usa en tres lugares de las Escrituras para referirse a la dieta diaria de las personas. David le dijo a Mefiboset: «Comerás siempre pan a mi mesa» (2 Sam. 9:7; véase también 2 Ry. 25:29; Jer. 52:33). «Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré; y él oirá mi voz» (Sal. 55:17). Sus ruegos a Dios eran tan frecuentes y constantes como sus comidas regulares. Esto era conforme al mandato de Dios en Deuteronomio 8:10: «Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado». La costumbre de mirar a Dios por bendición sobre los alimentos era tan conocida en el tiempo de Samuel, que las jóvenes doncellas que Saúl y su siervo encontraron pudieron decirles, respecto al ascenso de Samuel al sacrificio (o “banquete”, como lo traduce el margen), que «el pueblo no comerá hasta que él haya llegado, por cuanto él ha de bendecir el sacrificio; después de esto comen los convidados» (1 Sam. 9:13).

Esta costumbre está plenamente confirmada por el ejemplo de nuestro Señor y Maestro, con relatos de Su práctica de ella mencionados en no menos de siete lugares por los evangelistas (Mt. 14:19; 15:36; 26:26-27; Mr. 6:41; 8:6-7; 14:22-23; Lc. 9:16; 22:17-19; 24:30; Jn. 6:11, 23). El apóstol Pablo no solo imitó este ejemplo de su divino Maestro (Hch. 27:35), sino que también declara que los alimentos

de los cuales los seductores mandaban abstenerse, Dios los creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque «todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado» (1 Ti. 4:4-5).

¿Qué podría mostrar con mayor claridad que debemos orar a Dios, que el hecho de que Él ha prometido santificar nuestros alimentos cuando los recibimos con acción de gracias? Además, el lenguaje del texto deja claro que no tenemos derecho a participar de las cosas buenas que Dios creó² sin agradecer a Dios por ellas. El apóstol afirma que Dios las creó con el propósito de que «con acción de gracias participasen de ellas los creyentes». Nada es de desecharse «si se toma con acción de gracias»; como si dijera: todas ellas son creación de Dios, y no tenemos derecho a ninguna de ellas sin Su permiso. Pues bien, ellas son «santificadas por la palabra de Dios y la oración». La Palabra nos da autorización para recibirlas mediante oración por bendición sobre ellas y acción de gracias por ellas, y de ninguna otra manera. Porque si las tomamos sin [oración y acción de gracias], ¿en qué es mejor lo que hacemos que un robo? Dios acusó a los judíos de antaño: «la nación toda, me habéis robado» (Mal. 3:9); por tanto, tenían maldición aun sobre sus bendiciones porque no “lo pusieron en su

² Orig. **creatura** – cosa creada; en este contexto, se refiere a los alimentos que Dios ha provisto.

corazón para dar gloria” al nombre de Dios (Mal. 2:2).

Este deber era tan conocido en los primeros tiempos del cristianismo que Pablo lo usa como base para un argumento. Lo presenta como una buena razón por la cual el creyente débil, que aún consideraba ciertos alimentos como inmundos, no debía juzgar al que creía que eran limpios y los comía. Pablo dice que esto era porque «el que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios» (Ro. 14:6). Claramente, no suponía que un creyente comiera de las buenas criaturas de Dios sin darle gracias. Con el mismo propósito habla a los corintios, cuando pregunta: «¿Por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias?». Y luego añade este mandato: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:30-31).

Si alguno dijere que podemos dar gracias en nuestros corazones, aunque no se exprese abiertamente, lo concedo gustosamente. Pero, cuando varias personas comen juntas una comida, de la abundancia del corazón debe hablar la boca. ¡Realmente deben tener opiniones muy extrañas aquellos que sostienen que todas estas instrucciones y ejemplos bíblicos se refieren solo a acciones no vistas del corazón! Por tanto, me pareció apropiado decir algo sobre la manera correcta de recibir nuestros alimentos.

c. Ejemplo antiguo

Nuestra tercera evidencia para la oración familiar se tomará del ejemplo antiguo. Cuando Dios llamó al patriarca Abraham fuera de su propio país hacia la tierra de Canaán, su Amigo celestial se le apareció por primera vez en la llanura de Moreh, y allí edificó un altar para Él. Luego se trasladó al oriente de Bet-el y allí edificó otro «e invocó el nombre de Jehová» (Gn. 12:8). Hizo lo mismo en Hebrón. E Isaac hizo lo mismo en Beerseba. Y Jacob también lo hizo tanto en Siquem como en Bet-el. Así, estos tres eminentes padres, al trasladarse de un lugar a otro, erigieron altares e invocaron el nombre del Señor en los lugares donde plantaban sus tiendas y donde habitaban sus familias. Esto habla claramente en favor de la oración familiar. Que David hizo lo mismo parece ser evidente por el Salmo 141:2: «Suba mi oración delante de ti como el incienso, el alzar de mis manos como la ofrenda de la tarde». Así también lo hizo nuestro Señor con Sus discípulos: «Aconteció que estaba Jesús orando en cierto lugar; cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar» (Lc. 11:1). Estos son algunos de «los pasos del rebaño», por los cuales se nos indica que debemos salir (Cant. 1:8).

d. Preceptos positivos en el Nuevo Testamento

A esto podemos añadir que muchos preceptos positivos que tenemos en el Nuevo Testamento incluyen claramente la oración familiar, tales como los siguientes: «Orad sin cesar. Dad gracias en todo,

porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús... Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (1 Tes. 5:17-18; Ef. 6:18). Nadie supondrá que «orar sin cesar» y «orar en todo tiempo» signifique que no debamos hacer otra cosa sino orar. Pero ciertamente implica la práctica *diaria* de la misma. Y aquí se nos requiere explícitamente dar gracias, no solo por algunas cosas, o en algunas ocasiones, sino «en todo». Esto debe incluir las bendiciones familiares, así como otras. Sí, se nos manda orar “en todo tiempo con *toda oración*,” y ¿quién se atrevería a decir que toda oración no incluye la oración familiar, así como la oración secreta y otras oraciones públicas? Y estos deberes han de observarse no solo por un tiempo, sino que se nos requiere velar en ello “con toda perseverancia.” Podrían mencionarse otros pasajes con el mismo propósito; pero los omitiré.

e. Una marca distintiva

Por último, este ejercicio es una característica mediante la cual el pueblo de Dios se distingue de todos los demás. Cuando el profeta Jeremías quiso distinguir a los paganos, que no conocían a Dios, de Su pueblo, los señaló de esta manera: eran familias que no invocaban el nombre de Dios (Jer. 10:25). Aquí, que nadie piense equivocadamente que la observancia externa de este deber es suficiente. Los hombres pueden hacerlo y aun así estar en un estado miserable. Esto es como la moralidad. Aunque una

persona pueda tener una moralidad externa sin gracia salvadora, sin embargo, un hombre inmoral es un hombre impío. Así también [con el deber de la oración familiar]: algunos cuyos corazones no están bien con Dios pueden orar en sus familias y también en privado, pero las familias sin oración son llamadas familias paganas.

Así, he mencionado algunas de las evidencias de las Escrituras que tenemos para esta práctica. Estas son tan claras que debería parecer extraño que alguien que sostenga las Escrituras las descuide. Pero dado que muchos lo hacen, procederé a esforzarme por remover algunos obstáculos que parecen interponerse en el camino de este deber.

3. Excusas respondidas

a. No hay un mandamiento

Primero, he conocido a algunos que reconocen que la oración familiar es una buena costumbre, pero niegan que exista un mandamiento específico que la ordene. Sin embargo, si Cristo nos ha enseñado a venir delante de Dios con el lenguaje de «Padre nuestro», para pedir que nos “dé hoy el pan nuestro de cada día” (Mt. 6:9, 11), lo cual implica con fuerza que debemos acercarnos así cada día; y si se nos manda «ofrecer siempre a Dios sacrificio de alabanza» (Hb. 13:15), expresión que tan frecuentemente se usa para designar los sacrificios de la mañana y de la tarde; y si Abraham, Isaac y Jacob invocaban el nombre del Señor dondequiera

que moraban sus familias; si David —y Cristo también— practicaron lo mismo; y si se nos exhorta a orar «en todo tiempo con toda oración» (Ef. 6:18); y se requiere que los esposos vivan juntos de tal manera que sus oraciones no sean estorbadas (1 P. 3:7); si, además, tenemos tantos preceptos y ejemplos que vinculan este ejercicio a los tiempos de comida; y si las familias que no invocan el nombre del Señor son calificadas como paganas (como ya se ha demostrado más arriba); entonces, ¿qué más podrían desear los mortales como prueba de que Dios requiere esta práctica? ¿Habría quien, para eludir la fuerza de este argumento, pretenda que aquellos sacerdotes, altares y sacrificios mencionados con tanta frecuencia no son sino antiguas ceremonias judías que ya han quedado obsoletas? En respuesta, haría unas pocas preguntas. ¿Acaso no eran esas antiguas ceremonias ordenadas por Dios? ¿Y no tenía Él algún propósito sabio para ellas? ¿No eran sombras de los bienes venideros? Sí, ¿y no eran parte de las Escrituras que «para nuestra enseñanza se escribieron» (Ro. 15:4)? ¿Dónde está el cristiano que se atreva a negar estas cosas? Ciertamente, entonces, en lugar de ignorarlas, debemos “con más diligencia [atender] a las cosas que hemos oído” a estas cosas que fueron representadas primeramente por tales figuras vivientes, y que han sido tan claramente explicadas para nosotros en el Nuevo Testamento.

b. Falta de disposición

En segundo lugar, abordaré lo que considero el mayor obstáculo para este deber: la falta de inclinación al mismo. Muchos afirman que la oración debe ser un ejercicio del corazón, y que cuando los corazones de los israelitas no estaban bien con Dios, sus oraciones eran meros halagos y mentiras (Sal. 78:36-37). Pero, ¿no es extraño que ahora se apelen a los crímenes de aquellos pecadores para excusar a otros? Aquellos israelitas rehusaron andar en la ley de Dios; en lugar de recordar con gratitud Sus obras, «se olvidaron de sus obras, y de sus maravillas que les había mostrado» (vv. 10-11). En vez de buscarle con fe por el alimento, cuestionaban si Él era capaz de suplir sus necesidades, diciendo: «¿Podrá Dios poner mesa en el desierto?» (v. 19). Y cuando Él ya les había dado abundantes evidencias de su poder y bondad, así como terribles reprensiones por su maldad, aún así, «con todo esto pecaron aún, y no dieron crédito a sus maravillas» (v. 32). Resistieron hasta que la muerte los miró cara a cara, y entonces oraban. «Si los hacía morir, entonces buscaban a Dios» (v. 34). Este es el camino antiguo que han andado los hombres impíos. Y, tu, oh alma, ¿escoges su senda? Parece que ellos no querían burlarse de Dios mientras pensaban que podían prescindir de Él. No, entonces «me volvieron la cerviz, y no el rostro; y en el tiempo de su calamidad dicen: Levántate, y líbranos» (Jer. 2:27).

Un elemento particularmente espantoso en esta excusa es el hecho de hacer de nuestra propia disposición la norma, en lugar del precepto divino. Porque, aunque el mandamiento es orar «en todo tiempo con toda oración» (Ef. 6:18), la esencia de esta objeción viene a ser: “Puesto que no tengo disposición alguna hacia tales ejercicios, por lo tanto, estoy excusado de practicarlos.” ¡Excusa horrenda, y sin embargo con testigos! Y por más espantosa que sea, no han faltado esfuerzos para adornarla y disimular su fealdad. Algunos alegan que los santos son llamados a la libertad, y que orar sin una libertad de ánimo sería hacerlo bajo un yugo de esclavitud. Pero tal razonamiento es un grave error respecto a la verdadera naturaleza de la libertad cristiana, una gran parte de la cual consiste precisamente en el libre acceso que los santos tienen al Padre por medio de Jesucristo en todas sus necesidades (Ef. 2:18; Hb. 4:16). David clama: «Tú oyes la oración; a ti vendrá toda carne. Las iniquidades prevalecen contra mí; mas nuestras rebeliones tú las perdonarás» (Sal. 65:2-3). Nótese bien aquí que aquello que muchos presentan como excusa para mantenerse alejados, él lo toma como una razón para acercarse. Como si dijera: “encuentro que las corrupciones que se levantan y las inclinaciones erradas son demasiado fuertes para mí; por lo tanto, vengo a Ti, que eres poderoso y estás dispuesto a perdonarlas y someterlas todas”.

Nuestro Salvador a menudo nos exhorta a velar y orar para que no entremos en tentación (Mt. 26:41). Pero esta excusa más bien nos enseñaría a

ceder a la tentación, aun cuando somos arrastrados y seducidos por nuestras propias concupiscencias (Stg. 1:14). Muchos no ven hacia dónde los conduciría esto.

c. Promueve una religión de obras

Otros alegarán que esta insistencia en la oración diaria edificará a las personas sobre las obras. A esto respondo que, aunque hay una gran tendencia en la humanidad a rendir cuentas de lo que ha hecho, como el fariseo; y a imaginar que pueden exigirle paga a Dios por todo su trabajo, como los judíos de antaño, sin embargo, la verdadera naturaleza de la oración es completamente contraria a tales cosas. La oración es para que una criatura necesitada acuda a Dios por lo que necesita y Le dé gracias por lo que recibe. Seguramente hay una gran diferencia entre una criatura culpable o miserable que viene a pedir perdón y ayuda, y un comerciante que viene con sus mercancías a negociar por más. Cuanto más necesitado se encuentra el mendigo, más fervientes e incesantes son sus clamores. Pero el comerciante, si se le acaban las mercancías, se retira hasta poder obtener más. Y María dice que el Señor «a los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos» (Lc. 1:53). Claramente, esta misma objeción brota de una disposición orgullosa y autosuficiente. Implica algo así como esto: si me siento en un buen estado de ánimo y tengo algo bueno que ofrecer, entonces vendré; y si no, me quedaré lejos.

David se halló una vez en tal estado que “calló”, hasta que la mano de Dios fue tan pesada sobre él que no pudo resistir más. Entonces confesó sus transgresiones, y el Señor perdonó su pecado; y añade: «Por esto orará a ti todo santo» (Sal. 32:3-6). Pero, para que nadie piense que ese era el proceder correcto —guardar silencio hasta ser así quebrantado—, él continúa diciendo: «Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno» (vv. 8-9). Esto demuestra con claridad que guardar silencio y abstenerse de buscar al Señor hasta ser forzado a ello es actuar más como bestias sin razón que como almas racionales que tienen un Padre en los cielos, quien es poderoso y está dispuesto a suplir todas sus necesidades. La atención que Él presta “a la oración de los desamparados” y al clamor del publicano debería alentar sobremanera a las criaturas necesitadas a acudir confiadamente a Él (Sal. 102:17; Lc. 18:13-14).

Una visión correcta de nuestra condición ante Dios y de nuestras obligaciones para con Él silenciaría mil objeciones como estas. No podemos vivir, movernos, ni respirar sin Él (Hch. 17:28), lo reconozcamos o no. Todas las cosas están desnudas y abiertas ante Sus ojos (Hb. 4:13). Él ve cuando le damos «la espalda, y no el rostro» (Jer. 32:33). Él nota a aquellos que “no disponen su corazón para volverse” a Él (Os. 5:4), aunque en su aflicción le buscarán de mañana (Os. 5:15), y en su angustia

dirán: «Levántate, y sálvanos» (Jer. 2:27). ¡Qué pronto haría una visión correcta de esto que cualquier alma clamara: «¡Dios, sé propicio a mí, pecador!» (Lc. 18:13)! Y si Él concede el perdón, o nos da la disposición y la capacidad para cumplir correctamente cualquier deber, así como todo lo recibimos de Dios, así también todo se lo debemos a Él, quedando aún más profundamente endeudados en amor por todo lo que así recibimos o hacemos. ¿De qué, entonces, podríamos jactarnos? ¿En qué podríamos confiar que provenga de nosotros mismos?

Estas cosas están presentadas de una manera muy conmovedora en la conducta de aquel piadoso rey Salomón, a quien ya hemos mencionado antes. Cuando él había hecho vastas preparaciones para el templo de Dios con sus propios bienes, y había movido a los ancianos de Israel a hacer lo mismo, de modo que habían recolectado tanto oro y plata como se calcula en unos treinta millones de libras esterlinas, además de otros materiales—sí, y lo habían hecho con gozo y voluntariamente también—sin embargo, puede verse cuán lejos estaba de pensar que Dios le debía algo por todo eso, al considerar sus palabras delante de una gran asamblea del pueblo:

«Tuyos son, oh Jehová, el poder, la grandeza, la victoria y la majestad; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano están la fuerza y el poder, y

en tu mano está el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos. Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti... y todo este montón que hemos preparado... de tu mano es, y todo es tuyo» (1 Cr. 29:11-16).

Aquí sería provechoso comparar esto con las palabras del orgulloso rey de Babilonia y del orgulloso fariseo de Jerusalén. El primero dice: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (Dn. 4:30). Y la oración del otro es: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo» (Lc. 18:11-12). Nota bien la diferencia entre estas oraciones y la de Salomón. Uno usa los pronombres ambiciosos *yo* y *mi* tres veces, en un sentido que atribuye todas las cosas temporales a *sí* mismo, sin mencionar el nombre de Dios en el asunto. El otro, tras mencionar el nombre divino una vez, usa el gran *yo* cuatro veces con relación a sus ejercicios religiosos. Sin embargo, Salomón supera a ambos por otro lado, sí, más del doble. Él usa los términos *tuyo*, *tú*, *te* y *tu* no menos de dieciséis veces en este pasaje, en un sentido que atribuye todos sus bienes y obras a Dios, tanto terrenales como espirituales. Sí, habla con asombro agradecido de que pudieran ofrecer tan voluntariamente y ser permitidos de manejar tantos

bienes de su Señor y ponerlos a Sus pies. Él dice: «De lo recibido de tu mano te damos» (1 Cr. 29:14). Este es un ejemplo digno de nuestra estrecha atención. Es la ignorancia de Dios y la distancia de Él lo que promueve los conceptos de justicia propia. Todos estos se desvanecen cuando nos acercamos a Él. Cuando Job se había desviado de su Dios, estaba grandemente atrapado por una disposición de autojustificación. Pero cuando fue acercado a Él, dice: «Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6).

4. Exhortaciones

Otros obstáculos tendré oportunidad de mencionar al dirigirme a varios tipos de personas, a lo cual procedo ahora.

a. Cabezas de familia que descuidan la adoración familiar diaria

Estimados señores, ¿permitirán que este indigno instrumento les haga algunas preguntas serias?

1. ¿Este descuido se debe a que *no ven justificación para este deber*? Si es así, por favor revisen nuevamente el asunto y, en el temor de Dios, escudriñen Su Palabra y consideren bien si no hay evidencia tan clara para ello, tanto por precepto como, por ejemplo, como la hay para casi cualquier otro punto de práctica cristiana. Y consideren también si no es nuestro culto racional que

busquemos al Señor, y que lo hagamos diariamente, ya que en Él vivimos, nos movemos y somos (Hch. 17:28). Consideren si aquellos que lo descuidan no actúan de manera más absurda que los animales irracionales. Porque se nos dice que «los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida» (Sal. 104:21), y que «da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman» (Sal. 147:9).

2. ¿Su descuido se debe a *una falta de disposición*? ¡Seguramente este pensamiento bien podría alarmar su alma! «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad» (Ro. 1:18). Es una gran verdad que «Dios es Espíritu» (Jn. 4:24) y debe ser adorado espiritualmente; sin embargo, esta verdad se retiene con injusticia cuando se usa como excusa para retirarse de nuestros reconocimientos diarios de Sus favores. Dice el apóstol: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas; de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, *ni le dieron gracias*» (Ro. 1:20-21). Y la parte siguiente del capítulo muestra que, por esta causa, fueron entregados a la más asombrosa ceguera y abominaciones terribles que los mortales hayan conocido.

3. ¿Apelan ustedes a la *mala conducta de algunos que practican la oración familiar* como excusa para su propio descuido, como he conocido a

algunos que lo hacen? Creo que, a la clara luz del día, se avergonzarían de sostener tal argumento siquiera por un minuto. ¿Quién se condujo de manera más abominable en la oración que los fariseos? Y sin embargo, ¿cuán lejos estuvo eso de impedir que Cristo y sus seguidores la practicaran abundantemente?

4. ¿Este descuido se debe a *asuntos que no están en orden en su familia*? ¡Oh, entonces no descansen hasta que esos desórdenes sean corregidos! Una familia tan desordenada como para impedir el culto a Dios dentro de ella, debe ser un lugar espantoso. Uno bien podría decir de ella, como Jacob dijo de Simeón y Leví: «En su consejo no entre mi alma, ni mi espíritu se junte en su compañía... En su furor mataron hombres» (Gn. 49:6). La resolución de Josué para sí mismo y su familia merece nuestra más cálida atención: «Pero yo y mi casa serviremos a Jehová» (Jos. 24:15). Ni es menos digno de atención el ejemplo de David. Cuando estableció su hogar, en lugar de dejar entrar la vanidad y la iniquidad, como muchos hacen, invitó a Dios a su casa con él, diciendo: «¿Cuándo vendrás a mí? Andaré en la integridad de mi corazón en medio de mi casa. No pondré delante de mis ojos cosa injusta» (Sal. 101:2-3).

Pero, ¿dice usted: no tengo personas graciosas³ en mi casa que me acompañen? Esa es en verdad una condición triste. Sin embargo, como nuestra

³ **graciosas** – caracterizados por la gracia de Dios obrando en ellos; regenerados por el Espíritu de Dios.

autorización para la adoración pública⁴ no depende de saber con certeza que hay almas piadosas presentes con nosotros, y como todos son criaturas de Dios, quienes están bajo muchas obligaciones de reconocerle, podemos acudir con denuedo al trono de la gracia, donde «la congregación general... de los primogénitos que están inscritos en los cielos» se reúne, y allí podemos presentar nuestras alabanzas y peticiones (Hb. 4:16; 12:22-24).

5. ¿Se excusan algunos por *la pequeñez de sus habilidades*? A tales solo les preguntaría si eso les impidió acudir en su niñez a sus padres terrenales por lo que necesitaban. Si no fue un obstáculo entonces, ¿por qué habría de serlo ahora para acudir a Aquel que sabe lo que necesitamos antes que se lo pidamos? (Mt. 6:8).

Antes de despedirme de ustedes que profesan religión y sin embargo descuidan la práctica diaria de la adoración pública, desearía con insistencia que contemplaran la inconsistencia que existe entre su profesión y su práctica. Generalmente se reconoce que un punto principal en la profesión del cristianismo es la ordenanza del bautismo, a pesar de las diferentes opiniones que tienen los hombres sobre el tiempo y la forma de administrarlo. Y aquellos que sostienen el bautismo infantil a menudo presentan esto como un gran argumento a favor: que sus hijos serán paganos si no son

⁴ **adoración social o pública** – acto de adoración llevado a cabo colectivamente, a diferencia de la adoración privada e individual.

bautizados. Otros apenas pueden considerar cristiano a alguien que no ha sido bautizado por inmersión. Ahora bien, lector, si eres de cualquiera de estas posturas, ¿qué consistencia puede haber entre tu profesión y tu conducta? Si eres del primer grupo, ¿cómo puedes probar que tu familia es cristiana cuando tiene la misma marca de paganismo por la que el profeta los distingue? [Es decir, la falta de oración.] Y si eres del segundo grupo, ¿cómo puede asegurarse tu carácter mientras se descuida un aspecto tan importante del comportamiento cristiano? El bautismo es revestirse de Cristo (Gál. 3:27) y contiene un compromiso de «andar en novedad de vida» (Ro. 6:4). Pero si pensamos que ese único acto [el bautismo] sin vivir tal vida será suficiente, nos encontraremos grandemente engañados. No cabe duda de que encontrarás muchas dificultades externas y luchas internas contra la oración, como contra otros deberes; pero si los descuidas por causa de [las dificultades], te dejo con Aquel que ha dicho: «Cualquiera que no lleve su cruz, y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:27).

b. A los que practican la adoración familiar

Mi exhortación a ustedes será en forma de consejo y exhortación:

1. *No descansen con el mero cumplimiento externo de este deber.* Santiago nos dice que, aunque muchos no reciben porque no piden, otros piden y no reciben porque piden mal, para gastar en

sus deleites (Stg. 4:2-3). Él dice: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Stg. 4:6). Y entre otras cosas que expone sobre este tema, presenta el ejemplo de Elías, quien, aunque era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, «oró fervientemente», y obtuvo repetidamente lo que pidió. “Oró fervientemente”, o como dice el margen, “oró con oración” (Stg. 5:17-18). Así, amigos míos, si oramos en nuestras oraciones, hallaremos que no será en vano.

2. Presten mucha atención a su manera de vivir.

Los hijos obedientes acudirán a sus padres, no solo por alimento, sino también por instrucción acerca de lo que deben hacer, y estarán tan interesados en obedecer sus mandatos como en obtener su ayuda. Así dice nuestro apóstol: «Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1 P. 1:14-15). Muchos están siempre dispuestos a usar como excusa cualquier mala conducta que logren descubrir en aquellos que profesan la oración familiar y otros deberes religiosos. Sin embargo, el apóstol Pedro nos exhorta diciendo: «Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos» (1 P. 2:15).

3. No te contentes solo con la oración familiar.

Debemos orar en *toda* tiempo con *toda* oración y súplica, y velar en ello con *toda* perseverancia (Ef. 6:18).

4. *Cuídate de retroceder en estos caminos.* Si alguno se aparta, el alma de Cristo no se agrada de él (Hb. 10:38). Esto se presenta de manera especialmente conmovedora en el Salmo 81, donde Dios recuerda a Su pueblo las maravillas que había hecho por ellos, y declara: «En la calamidad clamaste, y yo te libré... Oye, pueblo mío, y testificaré contra ti... No haya en ti dios ajeno... Yo soy Jehová tu Dios... Abre tu boca, y yo la llenaré» (Sal. 81:7-10). Como si dijera: “Me has hallado como un Dios que escucha la oración, y Yo no he cambiado; por tanto, no busques a otros, sino abre tu boca, ensancha tus deseos hacia Mí todo lo que quieras, y Yo los colmaré”. Pero, en lugar de perseverar en su atención hacia Él, continúa diciendo: «Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos» (Sal. 81:11-12). ¡Qué condición tan terrible! Ser entregado a los deseos de tu corazón es uno de los mayores juicios de este lado del infierno. ¡Cuánto necesitamos entonces clamar cada día: «No nos metas en tentación, mas líbranos del mal»! (Mt. 6:13).

c. A los jóvenes

Lo que por ahora tengo que decirles a los jóvenes es esto: Aprendan la importancia de comenzar con Dios y caminar por el mundo con Dios. Este fue el camino que tomó Enoc, el primer hombre que llegó al cielo sin ver la muerte (Gn. 5:22-24). Y este es el mandato de nuestro Señor divino: «Mas buscad

primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt. 6:33).

Con el mismo propósito es el lenguaje de David para ustedes cuando dice: «Venid, hijos, oídme; el temor de Jehová os enseñaré. ¿Quién es el hombre que desea vida, que desea muchos días para ver el bien?... Apártate del mal», etc. (Sal. 34:11-14). ¡Tengan cuidado, queridos jóvenes! Se les está llamando desde dos lugares radicalmente distintos. Satanás les ofrece los reinos y glorias de este mundo, si toman sus caminos de engaño, vanidad e iniquidad. Por otro lado, el cielo les llama, exhortándoles a elegir el camino de la verdad y la santidad, acompañado de la promesa de toda bendición, tanto en esta vida como en la venidera. ¿A quién creerán? ¿A quién prestarán atención? Tan ciertamente como Dios es veraz, el camino para gozar de buenos días en esta tierra es andar en la senda de la verdad, la paz y la santidad. Toda alma que se deja seducir por los halagos contrarios, declara en la práctica que Dios es mentiroso y que el diablo merece más credibilidad que Él.

¡Espántate, oh cielos, de esto! ¿Qué conducta puede ser más absurda que la de una criatura que desea gozar de los bienes del Creador, pero toma un curso opuesto a Él para obtenerlos? Es especialmente absurdo para quien necesita una compañera adecuada y desea establecerse cómodamente en el mundo, entregarse a la vanidad y a la iniquidad [en tal momento], incluso más que en otros tiempos. Salomón dice: «La mujer prudente viene de Jehová» (Pr. 19:14). ¿Cómo, entonces,

puede alguien esperar obtener una esposa prudente por medio de un camino que desprecia al Señor? Quienes toman tal camino hacen, por así decirlo, todo lo posible por forzar al Ser Divino a cercar su camino con espinos y despojarlos de sus deleites, con el fin de llevarlos a un entendimiento correcto de las cosas (Os. 2:6-15). O bien, Él puede permitirles tener “las aguas a cántaros” y un “aumento de riquezas” por un breve tiempo, hasta que resbalen a la destrucción en un momento y sean “consumidos de terrores” (Sal. 73:10, 12, 18-19). Tendrías compasión de un esclavo o de un criminal que se viera obligado a trabajar todo el día solo para reunir un lecho de espinas donde acostarse por la noche, o para juntar una gran cantidad de leña con la que será quemado. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que el pecador elige para sí mismo. Mientras endurece su corazón contra Dios y abusa de Su bondad, está gastando su vida atesorando «ira para el día de la ira» (Ro. 2:4-5).

¡Oh, cuán distinto de esto es el caso de un anciano de cabellos canos que puede apelar a Dios que ha sido su esperanza desde su juventud, que ha caminado en Su fortaleza y confiado solo en Su justicia! (Sal. 71:5, 16, 18). Puede decir, cuando el tiempo de su partida está cerca: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera... Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día» (2 Ti. 4:6-8). ¡Esta es una felicidad que verdaderamente vale la pena buscar!

Cada alma está en busca de la felicidad, aunque la mayoría de los hijos de los hombres toma el camino que los aleja directamente de ella. Por tanto, toma una breve descripción de un hombre verdaderamente feliz en las siguientes líneas, con las cuales concluiré:

*El hombre feliz es nacido de Dios,
Un verdadero penitente:
Su alma está lavada en la sangre de Jesús
Y le sigue solícitamente.*

*Su mente es instruida por la verdad divina,
Su voluntad está gobernada por ella;
Y sus afectos con ella se unen
En dulcísima armonía.*

*El yugo de Cristo lleva sobre su cuello,
Entrega todo lo suyo a Dios.*

*Este mundo vacío, con todos sus cuidados,
bajo sus pies hollados son.*

*Los preceptos de su Padre obedece,
Siempre dispuesto en su mente;
Y a todos Sus caminos soberanos
Se somete alegremente.*

*Sus clamores de la mañana y de la tarde
delante del trono suben,
Perfumados con el sacrificio de Jesús,
confiando solo en Su nombre.*

*La gran preocupación en su mente
Es cómo a Dios honrar;*

*Y a la humanidad beneficiar
Mientras está sobre este suelo terrenal.*

*Este es el fin por el cual vive;
le parece vano todo lo demás.
Mientras tenga vida o aliento
Este es el premio que anhela disfrutar.*

*La humildad reviste su alma,
El contentamiento llena su mente;
Todo pecado de cualquier tipo
en su corazón aborrece.*

*Y contemplan el mundo de arriba:
Sus pensamientos a menudo al cielo ascienden;
Ve al glorioso Esposo cercano,
Lo cual su corazón con amor enciende.*

*Dios es su porción y su guía
A través de este oscuro desierto;
Y cuando esta carne sea dejada a un lado,
Su alma tendrá descanso eterno.*

*Y cuando el Juez desde Su trono
Dicte sobre todos sentencia en rectitud,
Él se levantará para habitar con el Santo,
Libre de todo pecado y esclavitud⁵.*

*Oh Señor de los ejércitos, a mi alma
Concédele mucho de este gozo disfrutar.
¡Esto lo es todo; esto es el todo;
¿Qué más podría yo desear?*



⁵ **esclavitud** – la esclavitud o dominio del pecado.